

Átopos. Salud Mental, comunidad y cultura. Exlibris ediciones S.L.

Desde las páginas de *Frenia* no podemos sino saludar muy efusivamente la aparición de una nueva revista de Salud Mental que, sin ninguna duda, ocupará un espacio importante y necesario en el complejo panorama del pensamiento psiquiátrico, cuando éste no quiere limitarse a reproducir fórmulas ateóricas, ahistóricas y pretendidamente apolíticas.

Tras dirigir la *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, en una de sus etapas más creativas, y la revista *Psiquiatría Pública*, Manuel Desviat nos sorprende gratamente con esta nueva y atractiva iniciativa editorial. Las reminiscencia barthianas de su cabecera: *Átopos*, cristalizan en un subtítulo que adelanta los objetivos y el talante de la publicación: *Salud Mental, comunidad y cultura*.

El propio Desviat nos indica en el editorial del primer número (junio, 2003) que *Átopos* «quiere, ante todo, convertirse en un espacio abierto de debate técnico, cultural y político, dejando claro el ideario de partida: una sanidad socializada, universal, equitativa; un modelo comunitario, una salud mental colectiva». Las posibilidades que desde este «registro» se ofrecen son evidentes, pues no cabe duda que la encrucijada entre clínica, terapéutica y cultura no puede ser abordada ni desde clichés exclusivamente biomédicos, ni desde la lógica empresarial y economicista con que, tan insistentemente, se pretende abordar la gestión de la sanidad y las prestaciones públicas.

Pensamiento crítico e independiente como señas de identidad, que aparecen ya desde este primer número dedicado a «Desastres: consecuencias y estrategias de salud mental ante las catástrofes». Tema importante que da pie tanto para analizar, una vez más, las contradicciones Norte-Sur, como para extraer enseñanzas variadas de acción comunitaria, de cooperación internacional y, sobre todo, de las necesidades de planificación, de participación y de apropiación por las comunidades de sus propias decisiones sobre salud. Tras un artículo marco que ubica perfectamente al lector en la problemática abordada: «Intervención en catástrofes desde un enfoque psicosocial y comunitario», de Pau Pérez-Sales, el monográfico se compelta con otras aportaciones que abordan casos y actuaciones concretas (el 11 de septiembre, el huracán Mitch, las experiencias mexicanas).

El número se completa con un DOSSIER OMS (en la propia mancha de la revista se especifica que *Átopos* colabora con el Departamento de Salud Mental y Toxicomanías de la OMS), en el que un texto de Benedetto Saraceno, director de dicho Departamento en Ginebra, ofrece una puesta al día de los planteamientos del alto organismo en torno a la Salud Mental.

Finalmente, el diseño de la revista incluye unas «páginas centrales», suficientemente diferenciadas con un atractivo color sepia, en el que se recoge una extraordinaria selección de

textos que tienen la guerra y el imperialismo como hilo conductor y que suponen, a mi juicio, un acierto indiscutible: el poema New-York de Rafael Alberti; un fragmento del reciente libro *El hombre sin argumento*, de Francisco Pereña; otro del no tan reciente, pero no por eso menos actual, *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon; unas «consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte» de Sigmund Freud, etc.

En definitiva, una publicación rigurosa y de gran interés para todos los que queramos pensar la salud mental, y al ser humano, en su determinación histórica, biológica, psicológica y socio-cultural. Esperamos con impaciencia los siguientes números de *Atopos* (el próximo dedicado a «Historia y teoría de la psiquiatría» será de especial interés para los lectores de *Frenia*), deseándole una larga y venturosa travesía.

Rafael HUERTAS

BERTOLÍN, José Manuel; REY, Antonio (2002), *Bibliografía psiquiátrica: artículos de revistas médicas españolas, 1901-1931*, Valencia, Ed. Moliner-40. 201 pp.

La utilidad de los repertorios bibliográficos como herramienta fundamental en el desarrollo de cualquier investigación histórica está fuera de toda duda. La elaboración de los mismos exige, sin embargo, una labor minuciosa y complicada, muchas veces ingrata y no siempre apreciada; pero cuando ese repertorio se refiere a fuentes dispersas, poco conocidas y de difícil localización, el listado bibliográfico se convierte en un material precioso y en recurso imprescindible, cualquiera que sea el tema de la investigación histórica que se considere.

Este es, sin duda, el principal mérito del repertorio que José Manuel Bertolín y Antonio Rey nos ofrecen: el vaciado sistemático y exhaustivo de los artículos y aportaciones psiquiátricas publicadas en las revistas médicas (psiquiátricas o no) aparecidas en España durante el primer tercio del siglo XX. Una recopilación de 3.241 referencias bibliográficas completas que nos ilustran sobre la producción psiquiátrica española y sobre sus soportes de difusión, dándonos a conocer un panorama amplio y real de la misma, más allá de los manuales al uso, de las «grandes obras» o de los «primeros autores». Aportaciones diversas, algunas consideradas «menores», pero de primordial importancia para valorar los flujos y dinámicas de determinados paradigmas psiquiátricos y el grado de reelaboración y de incorporación más o menos activa al bagaje teórico y al quehacer cotidiano de los clínicos.

El trabajo de Bertolín y Rey se sitúa en la importante tradición de los estudios sobre la ciencia iniciados, hace ya varios lustros, en la Universidad de Valencia, una de cuyas líneas de investigación más fructíferas ha sido la creación de instrumentos básicos de trabajo y la puesta a punto de una metodología adecuada para la recuperación y tratamiento de la documentación científica y, de manera particular, de las fuentes bibliográficas.

El libro que comentamos constituye un primer avance de una obra más ambiciosa en la que el grupo valenciano de historiadores de la psiquiatría, coordinado por Antonio Rey, viene trabajando desde hace tiempo y que pretende ampliar dicho repertorio a *Trescientos años de*

psiquiatría en España (1736-1975); libro que esperamos con impaciencia, en la seguridad de que se convertirá en una obra básica, de consulta obligada, para todo aquel que pretenda acercarse con seriedad, rigor y profundidad a la medicina mental española. De momento, este «avance», cumple con creces su objetivo; el tramo cronológico elegido —las cuatro primeras décadas del siglo XX— es, como se sabe, fundamental en la historia psiquiátrica española: momento de consolidación institucional, de especial creatividad científica y de no menos importancia historiográfica. Son varias las investigaciones y tesis doctorales que en la actualidad se están desarrollando sobre diversos aspectos de la psiquiatría española en este periodo histórico, por lo que, con seguridad, el instrumento que Bertolín y Rey ponen en manos de esos investigadores viene a facilitarles su tarea o, en el mejor de los casos, a complicar gozosamente su trabajo.

Rafael HUERTAS

Ciencia y mente: La Salud mental en los fondos Bibliográficos Asturianos (desde los orígenes hasta la Guerra Civil). Oviedo, Asociación Asturiana de Neuropsiquiatría. 2003.

Con motivo del XXII Congreso de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, la Biblioteca Central de la Universidad de Oviedo albergó, entre los días 5 y 19 de junio de 2003, una exposición bibliográfica de gran interés para una mejor comprensión de la historia de la psiquiatría asturiana. Una vez terminado el evento, nos queda su *Catálogo*, un precioso documento, en el que además de dejar constancia de la muestra bibliográfica que en su momento se pudo admirar, nos permite reflexionar sobre unas fuentes psiquiátricas tradicionales: los libros, pero desde una perspectiva diferente y, hasta cierto punto, novedosa para la investigación histórica.

Con frecuencia he insistido en la necesidad de ampliar las fuentes de estudio hacia documentos, como las historias clínicas, los libros de registro, los reglamentos y normativas de las instituciones, etc., con el fin de valorar adecuadamente las diferencias reales entre lo que los médicos (los psiquiatras) decían en sus *Tratados* o en los foros «científicos» y lo que verdaderamente hacían en su práctica clínica cotidiana. Pero existen otras maneras, no menos significativas, de acercarse a esta problemática que nos pueden permitir completar esa información: los contenidos de las bibliotecas de los médicos; ¿qué leían los clínicos? No ¿qué escribían los grandes próceres de la ciencia?; sino, ¿hasta qué punto sus teorías, sus propuestas, eran seguidas y tenidas en cuenta por los prácticos —anónimos y agráfos— que habían de enfrentarse cotidianamente a los problemas de salud de sus pacientes?.

El estudio de las bibliotecas —públicas o privadas—, de las tiradas, de las ediciones, de las traducciones, etc..., resulta de gran interés para conocer qué leían los prácticos y hasta qué punto su actividad clínica estaba orientada de un modo u otro. No se trata, obviamente, de una información definitiva y es preciso contrastarla y completarla con otros datos procedentes de las fuentes más diversas (las ya citadas historias clínicas, los informes administrativos, los libros de ingresos y altas, etc.), pero no cabe duda que saber lo que los clínicos leían nos permi-

tirá comprender mejor la *praxis* psiquiátrica desarrollada en un contexto histórico, geográfico y social determinado.

La exposición que comentamos —y ahora su *Catálogo*—, reunió libros de las «ciencias de la mente» existentes en bibliotecas públicas y privadas de Asturias, procedentes, en muchos casos, de legados particulares y constituye un buen ejemplo de lo hasta aquí expuesto, permitiéndonos reflexionar sobre algunas cuestiones que tienen que ver tanto con la recepción de los saberes, como con la realidad asistencial en un determinado contexto geográfico —el asturiano— de innegable tradición psiquiátrica.

En definitiva, *Ciencia y mente...*, recoge una colección singular de libros de psiquiatría y de lo que podríamos llamar «ciencias afines». La muestra, como no podía ser de otro modo, tiene unos contenidos desiguales y, hasta cierto punto, «desequilibrados»; es evidente que en ella no están representados todos los autores importantes, ni tampoco sus obras más significativas, pero no por ello pierde un ápice de importancia histórica. El denodado esfuerzo de los responsables de la exposición, nos facilita una información de lo que se leía y de lo que no se leía, de las novedades editoriales que llegaban a Asturias y de las que no llegaban, del interés bibliófilo, siempre parcial y sesgado —como el de cualquiera— de los primeros artífices de las colecciones, etc. etc. Datos, todos ellos, que nos permiten acercarnos y ser conscientes del patrimonio bibliográfico-psiquiátrico asturiano y reflexionar sobre el mismo.

El *Catálogo* se completa con un texto de gran interés publicado en asturiano y en castellano: «El Mal de la Rosa o *Lepra Asturianensis*. La contribución asturiana a la llocura pelagrosa», cuyo autor, el psiquiatra y escritor Ignaci Llope, analiza con rigor las obras de Gaspar Casal, Faustino García Roel o José de Villalaín, y sus aportaciones en su contexto histórico y social.

Cabe decir, para finalizar, que los comisarios de la exposición, y responsables últimos del *Catálogo*, Ramón Rodríguez Álvarez, Ángeles Llavona (de la Biblioteca de la Universidad de Oviedo) y María Jesús Villaverde (de la Biblioteca Rodríguez Lafora de Área de Salud Mental del Principado de Asturias), supieron aunar su buen hacer profesional con una exquisita sensibilidad bibliófila, que ha dado como resultado un producto que, siendo el *Catálogo* de una exposición de libros, merece sin duda ocupar un espacio en otras bibliotecas por su innegable utilidad. Durante el proceso de elaboración del *Catálogo* tuve la gran fortuna de colaborar con ellos, en especial con María Jesús Villaverde, de quien aprendí cosas importantes —de literatura, de libros y de Asturias— y cuya pasión por su trabajo y, nuevamente, por los libros, me contagiaron hasta el punto de llegar al convencimiento de la necesidad metodológica de estudiar las bibliotecas locales y personales, como parte fundamental del análisis histórico de la práctica psiquiátrica.

Rafael HUERTAS

EDELMAN, Nicole (2003). *Les métamorphoses de l'hystérique. Du debut du Xie siècle à la Grande Guerre*. Paris, La Découverte.

¡Otro libro sobre la histeria!, podría pensar cualquier lector ante la mera noticia de esta publicación. Y, en efecto, el de Nicole Edelman es, en más de un sentido, *otro* libro sobre la histeria. Lo cual, por lo pronto, debería llevar a preguntarse qué es lo que hace a la histeria tan atractiva para los investigadores y, lo que es aún más interesante, para los editores; pues temas hay mucho menos estudiados que no encuentran editor ni siquiera en nombre de la originalidad.

Probablemente ello se deba al carácter proteiforme de esta enfermedad, si de una enfermedad se trata, así como a la sensación de que por detrás de sus cambiantes atavíos y máscaras debe de estar lo más interesante; que por mucho que contemplemos sus tornasoles, lo mejor está por venir, porque aún permanece oculto. ¡Y quién sabe si no es la vista, sino otro sentido, el olfato, quien gobierna esta danza de los siete velos! Pues quizá lo más interesante para «nosotros los victorianos» (tomo prestada la frase a Foucault, *Historia de la sexualidad*) sea que la histeria *huele a sexo*, especialmente a sexo femenino (pero, ¡no nos engañemos! Pues ese estímulo olfativo gana todo su sentido en la perspectiva de la sexualidad masculina).

Heme aquí, pues, avanzando que, entre otras cosas, este libro puede tener interés para el historiador de las mentalidades en la perspectiva de su público... Pero esto representaría no hacerle justicia, o al menos no hacérsela en cuanto concierne a la voluntad deliberada y consciente de su autora, al propósito que, más acá de lo impensado, de lo inconsciente, le ha movido a escribirlo. Para no caer en esta limitación, es decir, para hacerle justicia, debo volver al comienzo de mi exposición: se trata, en efecto, de «otro libro», pero en el sentido de «un libro distinto». Su autora, sin duda presumiendo el comentario mitad de sorpresa, mitad de hastío con que me he permitido, con intención jocosa, comenzar mi reseña, se apresura a señalar en la introducción en qué medida es otro, y lo hace con honestidad, sin engañar a nadie pues, en efecto, no se propone repetir cosas ya dichas, aunque inevitablemente ha de referirse a asuntos que han sido tratados por otros estudiosos. Precisamente le interesan, más allá de los discursos —aunque contando con ellos— las transformaciones, las mutaciones, las metamorfosis de la histeria a las que con toda claridad se refiere el título.

«Proteiforme», he escrito, y escribe Nicole Edelman en la segunda línea de dicha introducción, para calificar de una vez por todas la histeria. ¿Somos conscientes de lo que eso significa? No del todo, sospecho; y por eso me parece necesario recuperar la historia sagrada del personaje del que procede ese calificativo, Proteo, único modo de saber si, en este caso, «proteiforme» es un término banal, gastado por el uso, o, como la histeria misma, tiene trasfondos insospechados.

Proteo era el guardián de las focas de Poseidón, el dios del mar, quien le había dotado de la capacidad de ver el porvenir, pero al precio de no revelarlo jamás a nadie. Sólo quien consiguiera capturarlo dormido y atarlo de pies y manos podría interrogarle y obtener de él una respuesta. Pero Poseidón le había concedido otra facultad: la de transformarse a voluntad en lo que quisiera. En tales circunstancias parece evidente que es vano interrogar a Proteo. Su figura ha pasado al acervo cultural de Occidente como arquetipo de lo ilimitadamente cambiante; pero esta es sólo su piel, si se quiere «sus siete velos». Lo esencial a mi parecer es que su *atrezzo*, su apariencia toda, están al servicio de un saber incomunicable acerca del destino.

Ignoro si la historiadora francesa tenía todo esto *in mente* cuando proyectó su estudio; pero desde luego, la lectura del mismo me ha transmitido esta sensación de «proteidad» —*sit venia verbo*— en relación con el objeto de su investigación: la histeria.

El libro tiene —y ¿cómo podría no tenerlo?— un fuerte *penchant* médico; no en vano el período contemporáneo, en el que se centra la investigación, puede ser considerado la Edad de Oro de la medicalización de la histeria; sin embargo, también los discursos médicos están sometidos a la óptica que preside toda la obra: las mentalidades, los códigos y los valores sociales. En un elegante y apropiado movimiento de vaivén, la autora nos muestra las interdependencias entre aquellos discursos y las necesidades no formuladas, las apenas formuladas y las dictadas explícitamente por la sociedad francesa —por las sociedades francesas, habría que decir con mayor propiedad— a lo largo de la centuria y de su amenazadora coda en el siglo veinte. No es nueva la idea de que en la figura del enfermo mental —en este caso no siempre ni solamente mental, pero casi siempre «de los nervios»— la sociedad burguesa traza su contrafigura, su contramodelo. Pero en este libro, dada la complejidad, la mutabilidad de la figura de la histérica —y la novedad del histérico a partir de Charcot— las tensiones inherentes a los sucesivos experimentos políticos y sociales se muestran a una nueva luz que alumbrá relieves y zonas de sombra muy sugestivos.

Por esta razón el estudio no se agota en la medicalización de la histeria, o si se me permite, en su «medicalización por parte de los médicos». La sociedad entera entra en el juego, y así política, religión y literatura son a su vez objeto de la investigación de Edelman. Aunque por lo general se reconozca la existencia de «expertos», toda la sociedad tiene algo que decir, pues toda la sociedad se confronta *malgré elle* con esta figura en fuga, siempre un paso más allá pero con la mirada vuelta hacia cada uno, atada a menudo con las ligaduras de la clínica, pero disponiendo de su proteica capacidad de metamorfosis que le permite no entregar nunca su secreto. Aunque, bien mirado, si —como, a mi juicio, demuestra con claridad la autora— a menudo es la sociedad misma, o la misma medicina, quien le sugiere el cambio de apariencia, ¿de quién estamos hablando cuando hablamos de «la histérica»?

Me temo que habrá que preguntar a Poseidón —si es que él lo sabe— de dónde ha salido Proteo.

Luis MONTIEL

PEREÑA, FRANCISCO (2002). *El hombre sin argumento*. Madrid, Síntesis, 207 pp.

No puede Francisco Pereña olvidar sus orígenes de intelectual de izquierdas, comprometido, lúcidamente crítico con el entorno profesional, social, político que le ha tocado vivir, tan lleno de imposibles certezas, fundamentalismos y sectarismos de todo tipo. Desde la primera página de *El hombre sin argumento*, su último libro, el pensamiento de Paco Pereña se descarna en la dificultad del hombre para llegar a la verdad, para unir verdad y realidad. Herido de realidad, el hombre nace sin instrucciones, en el más absoluto desamparo. No podrá ser sin el

otro, sin esa asistencia ajena con la que Pereña describe la necesidad del vecino, del prójimo de la que hablara Freud. Con una irresistible querencia de vuelta en las costillas: de vuelta a la inmovilidad, refugio en lo inanimado, en el ser de las cosas, estable y coherente, el ser-en-si que hablara la fenomenología existencial. Pero esa insuficiencia inaugural, esa herida imposible de taponar del todo, no es para el autor de *El hombre sin argumento*, un determinismo ni conlleva necesariamente una claudicación en una existencia amparada de la angustia de la incertidumbre y de la libertad en la apariencia de la mentira (en la mala fe que dijera Jean-Paul Sartre). Ese desamparo, esa falta de instrucciones con la que nace el hombre no le exime, para Pereña, de su responsabilidad. Muy al contrario, para Pereña, el hombre emerge precisamente de esa «incompletud». Como hiciera en *La pulsión y la culpa* (editorial Síntesis 2001) Pereña insiste en la responsabilidad del hombre, en la responsabilidad de sus actos, y de ahí a la responsabilidad —tantas veces hurtada por los autores psicoanalíticos— de la clínica psicoanalítica; de esa clínica del hombre en cuanto hombre; término tan acertado que acuña Pereña, en un atisbo original de una clínica futura donde este presente la dimensión antropológica, social, cultural y psicológica del hombre. Autores e instituciones psicoanalíticas a los que Pereña enfrenta por sus fundamentalismos, su necesidad de instituir el saber, de cosificar el discurso analítico, convirtiéndolo en la verdad de cada secta. Pereña achaca precisamente el declive del psicoanálisis en el ámbito psiquiátrico y académico a ese refugio en la clínica de la desresponsabilidad y a ese lenguaje repetitivo y huero.

Por el contrario, en la clínica del hombre en cuanto hombre, el sujeto se ve confrontado a una determinación de la que es responsable. La clínica será una clínica de la causalidad subjetiva que articula determinación con responsabilidad, con el seguro anclaje del inconsciente y la pulsión. Por que si consideramos de partida que el hombre ha trascendido la naturaleza, quedará, como ya hemos dicho, a merced de la asistencia ajena, del prójimo o del vecino. La trabazón con esa asistencia ajena que constituye la subjetividad del hombre, de donde emerge el afecto, el amor, el deseo, la necesidad, sexualidad y lenguaje, «afecto al extraño y a lo extraño, al enigma del encuentro»; es tan desigual e indescifrable que nos hará permanentemente vulnerables. Por que si hay un argumento para el ser humano éste está en nuestro deseo, está en el otro, el otro que tapa la herida, amor y deseo, mundo fantasmático que constituye para Pereña el objeto de la clínica psicoanalítica, junto con la articulación de la pulsión de muerte con la pulsión de vida. En el fondo, una vida humana no es necesaria, su valor proviene de su contingencia. Es ese engarce con el otro, lo que nos hace tan dependientes, tan inseguros, tan miedosos ante la posibilidad de la soledad, de la pérdida (*eso le vuelve loco, hará cualquier barbaridad para acompañarse*, p.189); tan vulnerables y, sin embargo, si asumimos la vida en nuestras posibilidades, con el riesgo de la libertad, que no es sino la libertad del otro, asumimos la angustia y la dignidad de una existencia dolorosa pero propia.

Porque, y hasta alturas, huelga decirlo, para Paco Pereña el psicoanálisis no es la manera de convertir lo consciente en inconsciente. Muy al contrario; no puede quedar en el abuso de las interpretaciones, ni en la infantilización de los pacientes. Atestigua la imposibilidad de reunir verdad y real. Ajeno a todo positivismo, surge ante la imposibilidad de reducir la clínica del sujeto al paradigma científico. El psicoanálisis deberá hacerse cargo de las preguntas sobre el sentido (y el sin-sentido) que dejan fuera la ciencia y la religión. Pero ajeno a toda tentación teleológica o simplemente terapéutica en sentido estricto, Pereña propone el psicoanálisis,

como señala Fernando Colina en el prólogo, como una terapia emancipadora. El saber del inconsciente como experiencia de la vida, como praxis, como trabajo, permanente elaboración frente a la repetición y la inercia. Articulado en la demanda, en el otro, frente a la repetición y la soledad. Una repetición que, escribe Pereña, cuando convive con la ignorancia, con la búsqueda de un atajo para colmar la angustia, su incertidumbre antológica, con el afán de una solución final, el desamparo y el terror se aúnan, y así las sociedades no consiguen aprender de las atrocidades de sus antepasados.

Manuel DESVIAT

MONTIEL, Luis & GONZÁLEZ DE PABLO, A. (Eds.), (2003), *En ningún lugar en parte alguna. Estudios sobre la historia del magnetismo animal y del hipnotismo*, Madrid, Frenia, 326 pp.

Aparece en la editorial Frenia un magnífico libro, que muestra la inteligencia de los coordinadores. Han encontrado un tema atractivo, el de un «saber», sin «lugar» alguno, pero que se encuentra en todas partes y a todas llega. Han conseguido reunir muy buenos especialistas, que desde muy diversos puntos de vista analizan el mesmerismo y el hipnotismo. Medicina y ciencia, arte y literatura, religión o derecho son algunos de los aspectos enfocados. El panorama es completo, español y europeo, sobre todo francés y alemán. La redacción y la edición muy cuidadas, así como las traducciones que son hechas con gran esmero. Es un libro de recomendada lectura para quienes se interesen por la medicina y la psiquiatría, pero también el arte y la cultura.

Se inicia con un fervoroso alegato de Luis Montiel a favor del romanticismo y de la narración, su papel en la historia de la medicina. Jean Pierre Peter, con su finura habitual, nos introduce luego en el panorama del magnetismo francés y nos pone al día de sus investigaciones sobre el marqués de Puységur, figura que contrapone al más científico pero más taimado Mesmer. Señala, de forma notable, que se desarrolla el interés por el mesmerismo en las guarniciones reales, tal vez por aburrimiento, o por nostalgia, si bien no hay que olvidar a las damas melancólicas de la buena sociedad. Pero tampoco debemos olvidar la excelente formación en física de los militares, ni las experiencias del abate Nollet al electrizar una compañía ante el rey.

Puységur es un joven coronel de artillería en Estrasburgo, apasionado por las ciencias exactas, así por la física. Sus dos hermanos, más jóvenes y militares también, se incorporan a la afición por el magnetismo, uno de ellos en Haití, curioso también por el vudú. Aplica el marqués la novedad a enfermos de sus posesiones, así a la hija del administrador y a un peón de la granja. Conoce el enfermo dormido la enfermedad y su mejora, transitando un camino de acceso al poder y al saber, a la libertad. Podemos recordar aquellos enfermos de Huarte de San Juan, a quienes la enfermedad les hacía profetizar o saber lenguas. Un criado adquiere don de la palabra culta, en el *Examen de ingenios*, gozando de un poder que la curación hace peligrar. Magnetiza, por su parte, el marqués un olmo en la estela de Mesmer y ata allí cuer-

das, en las que experimentan mejoría los enfermos. Ciencia y superstición, naturaleza y magia, poder y nobleza se barajan en estas narraciones. Deja hablar el poderoso a los enfermos, no quiere emplear la sugestión, sino hacer brotar desde su sueño la palabra libre y por fin escuchada. Desde la relación afectiva, señor y siervo, médico y paciente se invierten.

Un panorama excelente de las doctrinas de Mesmer dentro de la ciencia y la medicina románticas alemanas nos proporciona el profesor Dietrich von Engelhardt. Subraya la obtención por este médico del título de doctor en 1776 en Viena firmado por von Störck y van Swieten. Su disertación sobre *De influxu planetarum* desarrollaba, nos dice, sus doctrinas principales. Pronto se plantearon duros encuentros entre partidarios y opositores, instituciones y personajes, que concluyó con las condenas oficiales francesas. Nos da un panorama de ambos bandos, entre médicos y científicos. Luego ahonda en el significado teórico de estas nuevas doctrinas.

«El mesmerismo no representa solamente una psicología y una práctica terapéutica específicas, sino que constituye igualmente una teoría de la medicina, y en una perspectiva más amplia, una filosofía de la naturaleza», escribe Engelhardt (p. 77). La unidad de la naturaleza era penetrada por un fluido material. Unidad de microcosmos y macrocosmos, de ser y consciencia, de naturaleza y hombre son las bases teóricas. Unidad y multiplicidad, identidad y diferencia, polaridad y evolución desde la materia al hombre. Se llega a una poderosa visión desde el alma, al sueño profético, a las revelaciones del más allá, al brillar de la consciencia vegetativa. Esos paralelismos se hacen con la semejanza que tienen estas fuerzas con los instintos y con la hibernación, con el magnetismo y la gravedad. También con la evolución común de la naturaleza y del hombre, con ciencia, sociedad y estado en paralelo. El médico posee una función superior, la dignidad de sacerdote, entra pues en el terreno de la moral y la religión. Sin embargo, con el tiempo esta religión deriva hacia el espiritismo y el ocultismo, por un lado, hacia el arte y la literatura, por otro.

Analiza Luis Montiel un caso clínico de Carl Christian von Klein, publicado en 1819 en la principal revista de magnetismo en Alemania. Se trata de un cirujano, consejero público notable, magnetizador ocasional. Pero en este momento, como en Puysegur, el gran personaje se dedica a escudriñar el alma de una joven enferma. Esta toma las riendas, tiene ricas visiones y entabla una transferencia afectiva. Será ella la que analizará y curará, por el estómago, cuando quiera, la enfermedad. Son muy ricas las imágenes que surgen de la mente de la joven, referidas a su madre, al viejo sabio, al trono de dios, o bien a un ángel con báculo. Surge la enfermedad y su curación como falta moral y como la prueba, necesaria para la conquista moral de la salud. El médico como ángel, es contrapuesto al padre como culpable. También el profesional busca la salud de la enferma, que ésta concreta en remedios como baños y medicamentos para lombrices, usados en cuarto menguante, pero quizá también remedios para la curación de la propia esposa del médico.

Por el contrario, prosigue Montiel, los cuentos de E. T. A. Hoffmann muestran la desconfianza ante los magnetizadores, ante la ciencia desde el romanticismo. En *El magnetizador*, que escribe en paralelo a las batallas de Napoleón en Dresde en 1813, nos muestra su miedo ante el hipnotismo alemán, apoyado en la fuerte sugestión y en la creencia de influencias somáticas. Aparece una vez más el mito de Fausto, con sus juegos entre magia y técnica, hombre y mujer, señor y esclavo. Aquí se representa en la figura simbólica de un Mayor del ejército danés convertido en profesor de la Academia de nobles de Berlín, que vende su alma

al diablo. Se contraponen al del oficial artillero francés Barberin, más espiritualista y nada agresivo. Así se puede considerar poética la teoría nueva, la dualidad psíquica, la unión cuerpo y alma. De otra manera, aparece Prometeo y la serpiente, el peligro bíblico de quitar velos a la naturaleza. Aparece el peor Napoleón, que también advirtieron Stendhal y Beethoven, se sugiere el peor Nietzsche, e incluso la premonición de Mussolini y Hitler, como más tarde en alguna narración de Thomas Mann.

La sugestión aparece así como posibilidad curadora, tanto como peligrosa arma con la que controlar voluntades. Ese papel que Charcot le hizo representar, tan teatral como violento, lleva a la consideración de la sugestión como una amenaza, pues el hipnotizado pierde la voluntad y es capaz de acciones y visiones inauditas. Por tanto, es interesante el juicio analizado magistralmente por Jackeline Carroy y Nathalie Richard contra una hipnotizadora, que aparece a la vez como mujer, científica y criminal. Otra mujer asesinada es encontrada en 1867 en el bosque de Fontainebleau. A la inculpada se le encuentra un revólver y una biblioteca de medicina. Tiene un salón de espiritismo, ha intentado gracias al hipnotismo encontrar riquezas en un castillo y ha obligado a la prostitución. La misma inculpada habla de violación con hipnotismo, o con cloroformo, tema frecuente en la época.

Tiene una gran repercusión la causa, que es narrada por un notable cronista judicial, pues la defensa la representó un conocido abogado. Las autoras analizan el papel de la mujer, que aparece aquí como científica, prostituta, espiritista, también como arqueóloga que quiere adivinar tesoros ocultos. Hija de un notable médico filántropo, muestra su oposición a la medicina en su adscripción a las nuevas corrientes. Papel que también tuvo como elemento progresista la homeopatía, en alguna novela de Jules Sandeau. Se desnaturalizan saberes y mujeres mutuamente, pues parecen de naturaleza inmiscible. Se identifican tesoro oculto y alma, se adivinan secretos por las cualidades personales, como ocurrirá con el mago, el zahorí, el medium... Pero como también sucede con Freud, o con las excavaciones de Schliemann, que relacionan alma y tesoro, arqueología y opinión pública. Incluso una de las hipnotizadas se relacionará con el affaire Dreyfus.

Antonio Diéguez analiza con gran cuidado y calidad la presencia del hipnotismo en la España del siglo XIX. La primera noticia es la exposición hecha por Florencio Delgado ante la Real Sociedad de Medicina y demás Ciencias de Sevilla en 1798 de una disertación sobre el magnetismo animal. Encontramos a Mariano Cubi y a su escuela, así como a un oficial artillero que inicia el mesmerismo en Madrid. Pedro Mata aborda el sonambulismo artificial, que considera desde un punto de vista «subjetivista», radicándolo en la imaginación. Hay recelo ante la novedad, así como confianza en la naturaleza, que el hipocratismo enseñaba en la época. Contó sin embargo el hipnotismo con personajes de gran interés, que se mostraron curiosos de las novedades, tanto por sus posibilidades teóricas, como por sus aplicaciones prácticas. Animado por su discípulo Antonio Rodríguez Morini, formula Giné interesantes opiniones sobre estas novedades. A diferencia de Mata, se inclinará por tesis somaticistas, apoyando la sugestión, siguiendo a Charcot. También Cajal creyó firmemente en las posibilidades terapéuticas de esta novedad en sus periodos valenciano y catalán. Otros autores como Sánchez Herrero y Bertrán Rubio, desde las facultades de medicina, llevaron a su apogeo el hipnotismo, mientras la Iglesia endurecía sus posiciones, ante un abordaje del alma considerado mágico o materialista.

La cuidadosa y erudita aportación de Ángel González de Pablo analiza la decadencia del hipnotismo en el primer tercio del siglo XX. Lo encuadra dentro de la decadencia general europea, pues estas creencias se agotan en peleas y dudas. Otros sistemas son más operativos, como el psicoanálisis y la psicoterapia, mientras se plantean objeciones sobre la moralidad y la científicidad del hipnotismo, que cae en buena parte en manos de divulgadores y falsarios. No se institucionaliza, porque faltan revistas y cada vez se duda más de sus posibilidades terapéuticas, si bien se concreta en posibilidades más realistas. Pero sin duda, el hipnotismo se mantuvo con esquemas y contenidos antiguos, mostrando ya en los años veinte un evidente estancamiento.

Sin embargo, las publicaciones se mantuvieron, muchas son traducciones, otras vienen del periodo anterior, como las obras de Abdón Sánchez Herrero y de Eduardo Beltrán Rubio, otras pertenecen a la divulgación, a la superchería, o a los miedos que se plasman en el derecho o la religión. El personaje más interesante es Julio Camino Galicia, médico militar, hermano de León Felipe. También merece ser citada la traducción, con amplio prólogo de Jaime Ferrán, de la obra de Charles Richet en 1925 *Tratado de metapsíquica*. Ya se hace en pleno periodo de decadencia, que tan solo terminaría, al compás de Europa y Norteamérica, en los años cincuenta en las cátedras de Barcelona y Madrid, regentadas por Sarró y López Ibor. La celebración en Barcelona en 1958 del IV Congreso Internacional de Psicoterapia y la fundación por el colombiano Alfonso Caycedo en 1960 de la Sociedad Española de Hipnosis Clínica y Experimental, que un año más tarde se denomina de Sofrología Médica, supone una moderna consideración científica.

Termina el libro con un fino análisis de la relación entre arte e hipnotismo. En especial, Juan Luis Carrillo presenta las posibilidades que distintos artistas han encontrado en estas técnicas como medio para inspirar terror en sus escritos o películas. Agravando la posibilidad de la sugestión y del dominio del hipnotizador sobre sus pacientes, ha sido considerada la hipnosis con frecuencia como peligrosa arma, que se sitúa en paralelo con pensamientos o regímenes autoritarios. Se trata, una vez más, del miedo del hombre de letras al poder omnímodo que ciencia y técnica adquieren en el mundo moderno, también al riesgo de pérdida de libertad y democracia. Los relatos de Hoffmann, Edgar Allan Poe, Henry James o Thomas Mann son analizados, así como la novela de George du Maurier de 1894 titulada *Trilby*. Muchas de estas obras, así como ingeniosos guiones sirvieron para un cine tremendista, a veces con gran calidad artística, como es el caso del expresionismo alemán, en que surgen personajes de la importancia del Dr. Caligari de Robert Wiene, o del Dr. Mabuse de Fritz Lang. Las sombras del fascismo o del nazismo están, desde luego, detrás de estas imágenes simbólicas. Menos trascendentes son el amplio ciclo de películas de terror de Roger Corman, o la divertida *La maldición del escorpión de jade* de Woody Allen. Con todas ellas, concluye un libro de notable interés y bella redacción.

José Luis PESET

HUERTAS, R. (2002), *Los médicos de la mente. De la neurología al psicoanálisis (Labora-Vallejo Nágera- Garma)*. Madrid, Nívola, 121 pp.

Las características de esta reciente monografía de Rafael Huertas responden a las de esas escasas publicaciones que resultando de interés para la comunidad de investigadores en Historia de las Ciencias, en la que el autor tiene una bien ganada reputación, despertará a la par la curiosidad del lector no necesariamente iniciado en dicha disciplina, pero atento a los avatares de una profesión marcada intensamente por determinantes político-ideológicos. El frecuente riesgo de papanatismo ligado a cualquier texto concebido, desde el punto de vista editorial, con ciertas aspiraciones divulgativas, queda en este caso eludido por el respaldo de una rigurosidad investigadora demostrada a lo largo de casi veinte años. La agilidad, frescura y amenidad con que está escrito no nos debe hacer olvidar la exigencia que acompaña siempre los trabajos del autor.

Quizás existan otras biografías de figuras relevantes de la psiquiatría que, vinculadas de alguna manera al ámbito español, servirían igualmente para ilustrar algunos aspectos importantes del devenir profesional, científico, asistencial, etc., de la medicina mental española del siglo XX. Sin embargo, el primer gran acierto de la obra consiste en haber elegido tres personajes con perfil intelectual, profesional y existencial enormemente representativo de lo ocurrido con otros tantos destinos vivenciales, en el conjunto de lo que fue el destino de una disciplina marcada por las consecuencias del principal acontecimiento en la historia de España en el siglo XX: el triunfo de los golpistas de 1936 contra el gobierno democrático, y la instauración después de la Guerra Civil de uno de los regímenes —como lo ha definido Preston— más represivos que existieron en Europa durante ese siglo.

Gonzalo Rodríguez Lafora y Angel Garma tuvieron que abandonar España, como lo hicieron cerca de un millón de personas. Nunca estará de más recordar que más de 700.000 estuvieron en campos de concentración, más de 400.000 encarceladas, más de 200.000 asesinados en los tres años siguientes al fin de la guerra, etc., por no hablar de los acallados y represaliados de mil maneras. Aunque el peso de una larga tradición historiográfica dedicada a legitimar el régimen franquista llega hasta nuestros días, pretendiendo una equidistancia, profundamente errónea y moralmente insostenible, entre perdedores y ganadores de una guerra, es muy importante recordar lo obvio: que no es lo mismo haber defendido el régimen democrático establecido que pertenecer al bando golpista. Así, al contrario que los otros dos biografiados, Antonio Vallejo no fue producto del sistema, sino germen y esencia misma de aquel Régimen dictatorial nacido de un golpe militar.

Situamos ahí la clave, presente de manera implícita y explícita a lo largo de toda la obra, porque no estamos ante un problema menor o ante un ejercicio estéril de recuperación de la memoria histórica. Las casi tres décadas transcurridas desde la reinstauración de la democracia en España no han servido ni de lejos para esclarecer y sanear la historia de una quiebra brutal en todos los ámbitos del desarrollo del país. No hay que olvidar que hasta hace escasos meses (Noviembre de 2002) el partido actualmente gobernante, que incluye en sus filas a prácticamente todos los sectores directamente derivados de —o al menos identificados con— el franquismo, no había condenado el golpe de estado, y aprobado en el Congreso las medidas —largamente reivindicadas por el resto de fuerzas políticas— para honrar a todas las víctimas de la Guerra Civil. Por ello hay que dar la razón a quienes como Vicenç Navarro afirman que nuestra transición, frecuentemente presentada como ejemplar, no tuvo nada de modélica. Controlada en todo mo-

mento por la derecha, tuvo como consecuencia un conservadurismo de las culturas política y mediática que ha situado el centro de gravedad del espectro político español más a la derecha que en el resto de la Unión Europea.

Las medidas citadas están sirviendo entre otras cosas para organizar exposiciones, eventos y actos de recuerdo y reconocimiento a los exiliados, y permitiendo que la actividad de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica pueda reabrir las fosas comunes que aún se multiplican por las cunetas de media España. Sin ir más lejos, a finales de este último mes de Julio se localizaron los restos de unos veinte cadáveres en una fosa común de Valdediós, (Asturias), identificados en su mayoría como personal asistencial de enfermería de un hospital psiquiátrico instalado en ese valle, próximo a Villaviciosa, por las autoridades republicanas. Este fusilamiento masivo se produjo cinco días después de que se hubiese declarado oficialmente el fin de la Guerra Civil en Asturias. Esto también es historia de la psiquiatría.

Ha pasado demasiado tiempo para el rencor pero no debemos dejar pasar el suficiente para el olvido. En lo cotidiano tenemos los mejores ejemplos: ¿cómo se explica el enorme poder de influencia de las órdenes religiosas en algunas instituciones asistenciales públicas? Conozco muy de cerca el caso del Hospital Psiquiátrico de Madrid, en el que hasta la década de los noventa no se tomaba ni una sola decisión de cualquier orden sin el visto bueno de la monja superiora, que desde hacía décadas había gobernado con brazo de hierro el centro hospitalario. No parece discutible el papel jugado por la Iglesia Católica durante el sangriento régimen, convertida en el eje ideológico del mismo.

Por su talante personal y temple intelectual el autor nos advierte que no ha querido hacer una historia de «buenos y malos», que nos diera una visión excesivamente maniquea del período. Y en efecto, sin el más mínimo atisbo de tendenciosidad en ese margen para la subjetividad que siempre existe en la narración histórica, quedan sin embargo dibujadas enormes dicotomías que no proceden de la interpretación del historiador, sino que surgen directamente de las opciones personales y peripecias vitales y profesionales de los biografados.

Hay una serie de elementos comunes que vienen dados por la existencia contemporánea de los tres médicos, más apreciables lógicamente en los años de arranque de sus carreras profesionales. El principal denominador común está en el momento mismo que atravesaba la neuropsiquiatría española de verdadero «estado de gracia», en las décadas anteriores a la Guerra Civil. Referentes compartidos en ese importante movimiento psiquiátrico asentado inicialmente sobre el pilar de la neurohistología de Simarro y Cajal; lugares de tránsito como Ciempozuelos; el obligado periplo europeo —particularmente alemán—, aunque realizado en condiciones bien diferentes en cada uno de los casos, e incluso el espejismo de la participación de Vallejo en la fundación de la Liga de Higiene Mental.

Resulta curioso que precisamente la forma de realizar ese viaje buscando la formación y la promoción en sus carreras ya nos adelanta mucho sobre lo que luego fueron las apuestas científicas, profesionales e incluso político-ideológicas de cada uno de ellos. Lafora, el más eximio representante de una psiquiatría con pretensiones científicas, que ha sido calificada como «edad de plata» de la neuropsiquiatría española, fue pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios, institución creada con ese tipo de fines. Las posibilidades económicas de la familia de Garma fueron las que, al menos en un primer momento, permitieron a este pionero del psicoanálisis en España, realizar estancias en Alemania y Austria, orientándose hacia una disciplina íntimamente

ligada en su historia a la iniciativa privada. Antonio Vallejo Nájera se incorpora, en 1917, a la Embajada española en Berlín como experto militar encargado de inspeccionar los campos de concentración alemanes durante la Primera Guerra Mundial. No era el primer indicio sobre la vocación del futuro Jefe de los Servicios Psiquiátricos Militares del ejército franquista y con posterioridad, principal dirigente de la psiquiatría española durante la primera mitad del Régimen.

Huertas añade un subtítulo, *De la neurología al psicoanálisis*, que resume eficazmente el período protagonizado por los personajes a través de la inscripción teórica y profesional de los mismos. Etapa difícil de delimitar mediante marcas temporales, si no hablamos de la regida por Vallejo Nájera que sí supuso la instauración, durante veinte años de una psiquiatría castrense, dramáticamente involutiva en lo asistencial, con superficiales e incoherentes apoyos teóricos, pero muy atenta a la exclusión de cualquier pensamiento —conductismo, psicoanálisis, etc— que pudiera comportar algún riesgo para la ideología hegemónica del Nuevo Estado. Algunas «perlas» de ese «pensamiento» psiquiátrico ya habían sido estudiadas con mayor detenimiento por Huertas en anteriores trabajos. Por ejemplo las investigaciones de Vallejo Nájera destinadas a definir una psico-biología del marxismo, que para no ser calificadas como verdaderamente delirantes es menester un generoso esfuerzo que evite la interpretación anacrónica de la historia.

El tratamiento dado a las biografías se aleja de la mera semblanza para adentrarse —en la medida en que las dimensiones del trabajo lo permiten— en las características de sus obras y el análisis de situaciones, mientras desfilan personajes y se describen episodios que capturan de principio a fin el interés del lector. En definitiva unas páginas que nos ayudarán mucho a entender el panorama de la medicina mental española durante aproximadamente medio siglo. Lo que fue, pero también lo que pudo ser y no fue.

Antonio DIÉGUEZ